

FECHA de PUBLICACION: 19 de junio de 2011

laopiniondemurcia.es

Música

...Por eso siempre volverá

El cantante repasó algunas de las mejores canciones del rock en español que han quedado grabadas en nuestra memoria

<http://www.laopiniondemurcia.es/cultura-sociedad/2011/06/19/volvera/331551.html>

PERIODISTA / REDACTORA: ANGEL H. SOPENA

Miguel Ríos y un puñado de locos maravillosos se inventaron lo de cantar rock en España. Eran tiempos sórdidos y peligrosos, y los bienpensantes no bailaban rock. Hay que reconocerle su tenacidad. El nombre de Miguel Ríos está señalado con negrita en la historia del rock español. Pronto hará 50 años desde que, en 1960, se presentó al concurso Cencienta 60 de Radio Granada interpretando La plaga, una versión de la versión que hicieron Los Teen Tops del Good Golly Miss Molly de Little Richards, y ganó. Son muchos años y mucha historia. Aunque este país a veces parece que tiene una memoria muy frágil.



El granadino Miguel Ríos, durante la actuación que ofreció en Murcia dentro de la gira Bye, Bye Ríos. GLORIA NICOLÁS

Miguel ha dado forma a una carrera seria y muy bien estructurada que ha dejado grabadas en nuestra memoria algunas de las mejores canciones del rock en español.

Miguel Ríos pleno de voz, de potencia, de matices, de registros, dominando y llenando con su energía el escenario (montaje sobrio, con unas pantallas de leds como protagonistas), vino acompañado de un solvente septeto, cuya dirección musical corresponde al guitarrista y productor José Nortes, y en la batería está el veterano Marcelo Novati al frente de una sección rítmica implacable, y en el piano y órgano Luis Prado (Sr. Mostaza). Ofrecen un sonido compacto pero nítido, fuerte pero no agresivo, aunque en algunos momentos la guitarra de Nortes quedó sepultada por el sonido contundente de la caja.

Tras sonar por los altavoces Bye, Bye Ríos, entró él en escena con la instrumental Los marginados del rock, que empalmó con Memorias de la carretera, una parábola sobre las alegrías y las tristezas del rock'n'roll, y luego Bienvenidos, que enfervorizó a los seis mil espectadores que acudieron a la despedida del rey del rock. Del tirón y a todo trapo. Luego

vinieron Generación límite, Antinuclear y Nueva ola, como si viviéramos los tiempos del doble en directo Rock & Ríos. El punto de inflexión fue la pieza escrita por José Ignacio Lapido, En el ángulo muerto.

Obviamente no podían faltar una hermosa Vuelvo a Granada adaptada a los nuevos tiempos (léase sin efectos Trabuchelli-Waldo de los Ríos), con un Miguel emocionado, o ese homenaje a la ciudad que le acogió a los 17 años (Cosas que debo a Madrid). No olvidó canción inmortal de sus primeros tiempos que compuso Fernando Arbex y suena tan fresca como en sus orígenes (El Río), ni Yo sólo soy un hombre, que empieza con un guiño a James Brown, puro soul sesentero que sonó a gloria con las guitarras de Jose Nortes y Toni Brunet despidiendo notas funk, acompañadas de una acertada sección de metal.

El último bloque antes del bis recogió desde La reina del keroseno con cita al Jump de Van Halen, a Niños eléctricos, el tema de Charly García (No voy en tren), su alegato contra la heroína (Un caballo llamado muerte), y los futuristas Año 2000, Sueño espacial, que suenan ahora un tanto ingenuos aunque tengan cierta actualidad («este es el tiempo del cambio...»), y finalmente El rock de una noche de verano.

Una de las canciones que más motivó al público fue cuando Ríos cantó Todo a pulmón de Alejandro Lerner, con la única compañía del piano y su chorro de voz. Siguió con El blues del autobús y Santa Lucía, que levantó al público del graderío en una feliz comunión de móviles iluminados y mecheros encendidos al viejo estilo flower power. Nuevo bis: Rocanrol bumerang, como introducción a un repaso de grandes clásicos del rock en español: Sábado a la noche (Moris), Mueve tus caderas (Burning) y Maneras de vivir (Leño), con el productor Carlos Narea de invitado.

El cierre vino, tras un ligero anticlímax en que volvió a presentar correctamente a la banda, con Bye Bye Ríos y el éxtasis colectivo de su épico Himno a la Alegría, laureadísima aportación de los Ríos (y de Ludwig Van) a la memoria de un país que echó los dientes democráticos con sus canciones, y sonó como una declaración de principios mientras el público, una mezcla generacional escorada hacia la mediana edad y en envidiable convivencia, se abrazaba de forma espontánea.

Como dice la canción, «el rock es un bumerang, por eso siempre volverá». A sus 67 tacos ha tenido la oportunidad de despedirse (aún se le podrá ver en Lorca) con la cabeza bien alta. Ya se sabe que los viejos rockeros nunca mueren. Y todavía es joven para el blues.